

LA CAPTURA Y ALMACENAMIENTO DE CARBONO: UNA INYECCIÓN ARRIESGADA EN LA CUMBRE DEL CAMBIO CLIMÁTICO

El cambio climático ya es una seria amenaza y por ello tenemos la necesidad urgente de reducir drásticamente las emisiones de gases de efecto invernadero. El Protocolo de Kioto es un primer paso esencial en la dirección correcta, pero además es imprescindible continuar con mayores reducciones de las emisiones.

Ante esta imperiosa necesidad se está discutiendo y promoviendo por algunas industrias y gobiernos, incluido el español, un “instrumento” adicional para mitigar el cambio climático la “captura y secuestro de carbono” (CCS), acrónimo de Carbon Capture and Storage. Un sistema para atrapar el CO₂ procedente de la quema de los combustibles fósiles y “almacenarlo” bajo el mar o la superficie de la tierra.

Este asunto rápidamente ha pasado a formar parte de una iniciativa mundial de investigación y desarrollo. La 12ª Conferencia de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático y la 2ª Reunión de las Partes del Protocolo de Kioto celebrada en Nairobi (Kenia) en el mes de noviembre lo incluye en su agenda. Es por ello necesario destacar algunas de las limitaciones críticas y de las preocupaciones que suscita esta tecnología.

La CCS supone un aumento del coste de la generación eléctrica entre un 40%- 80%, implica aumentar en un 30 % mas el combustible quemado para lograr la misma cantidad de energía, y supone gastos a largo plazo para la supervisión y la verificación necesaria para garantizar la retención del CO₂ almacenado.

El almacenamiento oceánico debe ser excluido ya que, además de ser contrario a la Convención de Londres de (1972) y a la Convención OSPAR (1992), podría acelerar enormemente la acidificación de grandes áreas y sería perjudicial para muchos organismos y ecosistemas enteros, y el CO₂ eliminado de este modo regresará a la atmósfera posiblemente en un periodo de tiempo relativamente corto.

Los almacenamientos subterráneos entrañan riesgos debidos a los posibles escapes a través de las grietas producidas por el agua, de las posibles fracturas en las rocas debidas a la expansión del carbón debido a la inyección de CO₂, de las perforaciones ya existentes desconocidas o no debidamente selladas, o con un sellado vulnerable al ácido carbónico. Porque no hay que olvidar que si el CO₂ alcanza la superficie puede contaminar de modo directo o indirecto, los depósitos de agua dulce o el suelo, y si las concentraciones de CO₂ son elevadas, pone en peligro las vidas humanas. En definitiva si aceptamos alguna cuota de escape las emisiones podrían ser mayores que las actuales y para garantizar esta estanqueidad en el largo plazo las tareas de vigilancia y verificación recaerían sobre las generaciones futuras.

El Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) preparó un informe especial sobre CCS en septiembre de 2005, en el que se explica que esta tecnología no jugará un mayor papel antes de mediados de siglo, sin embargo, se está promoviendo como una solución al cambio climático y, lo más grave como una las tecnologías a considerar dentro del Mecanismo de Desarrollo Limpio, que permitiría que las industrias emitieran más en base a la cantidad que entierran en países en desarrollo. Parecen olvidar que la necesidad de actuar sobre el cambio climático es inmediata y no se pueden esperar otros 15 o 20 años hasta que las técnicas de captura de carbono y almacenamiento estén disponibles. De este modo también se perpetua la continua y creciente financiación al sector de los combustibles fósiles, en detrimento de las energías renovables y el ahorro como las verdaderas soluciones contra el cambio climático. 

Raquel Montón
Responsable de la Campaña de Energía
y Cambio Climático de Greenpeace